LUZ Y COLOR DE LOS PATIOS CORDOBESSES

A. OJEDA CARMONA
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

El patio ha sido siempre un elemento primordial en la arquitectura mediterránea, como pieza central alrededor de la cual se desarrolla la construcción de la casa. Provisto de una galería con arcos en sus cuatro lados del área descubierta, a modo de pequeño claustro, a la que se abren todas las habitaciones. Por él penetra la luz del sol que ilumina la casa, sirve de ventilación y recibe el agua de lluvia que se recoge en aljibes o pilones; era el "impluvium" para los romanos.

En Córdoba, el patio sirve de intermedio ideal entre calle y hogar que invita al descanso, para pasar sin estridencias del vértigo ensordecedor que reina en la ciudad, a la calma propia de la intimidad. Un patio desde el que poder apropiarse de un trozo de cielo y aprisionar unos rayos de sol entre los espejos de sus paredes rebosantes de cal, es un bien inapreciable de Córdoba, que ronda la utopía.

Recrearse entre las distintas tonalidades de colores que presentan las flores, que abarcan todo el círculo cromático y apreciar esos efectos entre luz y sombra, debidamente matizados por los claroscuros, en común concurrencia, ayuda a descubrir la belleza estética del patio cordobés. Fijándose simplemente en cuanto se ofrece a la vista, es suficiente para sentirse inmerso en una sosegada paz.

El patio cordobés posee las reminiscencias de toda una tradición arquitectónica, que va de Sumeria a Roma, y aquí en Córdoba se configura por la influencia árabe. A causa del fabuloso crecimiento urbano de la capital, durante la dominación musulmana, que hubo de tener mayor protagonismo para llegar a albergar el más de un millón de habitantes que cuentan alcanzó la ciudad. Los árabes comenzaron en el siglo VII la invasión de las costas del Mediterráneo, y en los pueblos que iban conquistando se encontraron con las reliquias de las culturas griega y romana, así, cuando irrumpieron en Andalucía, tendrían que estar ya familiarizados con el tipo medio de casas que aquí prevalecían, y es de suponer que les sirvieran de modelos para las nuevas que hicieron, aunque paulatinamente fueron adaptándolas a su estilo de vida.

Por su idiosincracia, los árabes, sensiblemente creyentes y celosos de su intimidad, debieron volcar su vida familiar en la casa, a la que dotaron con un nuevo sentido de la existencia, conforme las reclamaba su exquisito refinamiento. Amantes de la Naturaleza, supieron aprovechar los recursos que esta les ofrecía, y agregaron a sus casas la alegría de las plantas, las flores, los árboles frutales y las fuentes, convirtiendo sus patios en pequeños jardines. Sus casas humildes, construidas con modestos materiales: adobes, piedras y argamasa e inundadas de blanca cal, guardaban en el patio el sencillo tesoro de la ornamentación floral.

El Patio de los Naranjos de la Mezquita, considerado de los primeros jardines orientales implantado en España, hubo de influir considerablemente en el exorno de

los patios particulares de Córdoba. Ese paraíso privado del patio debió inspirar a BEN-ZAYDUN cuando escribió, “Hoy sólo me distraigo con las flores, imán de los ojos, en las que la escarcha juega vivaz, inclinando sus tallos... En los soleados rosales brillan capullos, aumentando la luminosidad de la mañana, ...”

El arquitecto HASSAN FATHY, describe así la vivienda árabe: “La casa es una masa cuadrada vacía, con todas sus habitaciones mirando al patio desde donde el cielo puede ser visto. Este patio se convierte en el trozo privado de cielo exclusivo del propietario. El espacio interior siendo rodeado por los cuartos de la casa, estimula el sentido de calma y seguridad,...

Y para ANTONIO JAEN MORENTE, “La casa cordobesa es típicamente oriental, y el patio, sobre todo el patio, cerrado y empedrado de guijas, cuyo tipo se conserva aquí, es lo que más acusa esta procedencia. Los patios viven y vibran, han espiritualizado el alma árabe. El patio cordobés es sólo espacio dado al sol, Para meditar y amar celosamente.”

Los patios de Córdoba tienen un especial encanto que los diferencia de los de otras ciudades andaluzas, en ellos se hace más patente su tipismo de raíces árabes, por su humildad, limpieza y sosiego que presentan y atraen sensiblemente. Su luminosidad y colorido son dos de los valores más importantes que contribuyen a que sean admirados. Les ayuda su enjalbegado, que si bien es muy corriente en todos los pueblos de Andalucía, aquí, en Córdoba, se prodiga generosamente, casas y patios brillan por su blancura. Blanco de cal apagada por el agua, simple, higiénica y económica solución, que ofrece un perfecto telón de fondo para la decoración de flores y plantas. El puro contraste de los colores sobre el blanco, es de una fuerza difícil de igualar.

En la ornamentación floral, además de contar con las plantas que aquí se criaban, los árabes trajeron de Oriente otras especies, como el “jasmín de Persia”; las “rosas” de “Damasco” y de “Alejandría”; el “ficus” de la India; la “drácena”, el “miramelindo” y la “adelfa” de otros puntos de Asia. Como también los naranjos, limoneros y palmeras, fueron trasplantados procedentes del Este. Con todo ese bagaje compusieron toda una paleta de colores en sus pequeños jardines familiares, que armonizaron con los ocre y sienas de las variadas clases y formas de las macetas de barro cocido de la cerámica popular de la tierra, creando el ambiente tan agradable con el que se distinguen los patios cordobeses.

Claro está que no todos los patios de Córdoba responden al ideal arquitectónico del modelo que se ha descrito, muchos de ellos son el resultado de haber realizado sucesivas reformas, transformándolas a causa de las necesidades que ha ido demandando el acoplamiento de las viviendas. Sin que el patio perdiera su protagonismo, fué modificado por la improvisación al ir adosándosele o adaptando habitaciones y servicios unas veces, o suprimiendo espacios otras, dando por resultado en suma, raras distribuciones no exentas de gracia y armonía, pero asimétricas en orden a su estructura. De ahí que algunas arcadas no completen el perímetro del patio y sólo cubran algún o algunos lados de la galería, que se encuentra una decoración mudéjar aislada, o esbeltas columnas con bellos capiteles de distintos órdenes sin enlace de continuidad, cautivadores rincones con piletas para la colada, fogones, pozos de rústico brocal y algunas fuentes.

JUAN VALERA los vió así: “Los patios de Córdoba, son cercados de columnas, enlosados y con fuentes y flores. En los lugares más pequeños no suelen ser tan ricos ni tan regulares y arquitectónicos, pero las flores y las plantas están cuidadas con más amor y con verdadero mimo.”

Otro tipo de patio es el que se formó a partir del siglo XVII, para atender la demanda de viviendas modestas, aprovechando los huertos o corrales existentes en el interior de las manzanas de casas, y que, como consecuencia de su aislamiento de la calle, a la que sólo solían disponer de un limitado acceso, tuvieron que emplear el patio como

elemento de expansión, en torno al cual, edificaron pequeñas viviendas de pocas habitaciones con derecho a servicios comunes. Distribuidas generalmente en dos plantas comunicadas por galerías y teniendo la escalera su arranque en el mismo patio. Patio que disfrutaba toda la comunidad de vecinos.

Esbozado ese habitáculo sin techo, que es el patio, como escenario principal, pasemos a ocuparnos de las principales fuentes de su decoración; la luz del sol, el agua, la cal y el colorido de sus flores.

La luz. Para PIO BAROJA, es el "Ambiente claro y limpio del sol refulgente de Córdoba".

El agua. BEN ZAYDUN, sueña "Los arriates me sonreirán con sus aguas de plata que parecen collares desprendidos de las gargantas."

La cal. AZORIN, le rinde su tributo al escribir, "Córdoba quisiéramos para morar, la casa blanca con el patizuelo blanco..."

Las flores. En su Palacio de la primavera, GONGORA recita,

*"Esperando está la rosa
cuantas contiene un vergel
flores, hijas de la Aurora
bellas cuanto pueden ser."*

Allí donde se derrama el sol, al aire libre, se encuentran los acordes más maravillosos y profundos creados por la luz. El color y las formas se ven diluidos en ricos tonos, tantos como variaciones produce la intensidad de la luz. La Naturaleza crea el misterio de las flores con su puro y limpio colorido, con sus delicadas formas, con sus peculiares características, y la luz cambiante va modificando esas propiedades y variando su apariencia visible, del alba al ocaso va mudando el vigor de los rayos del sol según su inclinación, pasando de la claridad a la oscuridad en el curso del día. Y un valioso testimonio de esa teoría "impresionista", lo encontramos en una pintura de JULIO ROMERO DE TORRES, titulada "La siesta", de su primera época, 1.890, que representa a una mujer en primer término, sentada, a contraluz, con un patio de fondo que es toda una policromía de luz y color.

Observando las relaciones que existen entre masas de color y sombras, se halla la auténtica belleza de los patios cordobeses, en los que el encalado es vehículo de reverberaciones. Paredes rutilantes de cal, en las que destacan hileras de macetas colgadas, sembradas de gitanillas. Paredes blancas por las que trepan jazmines, damas de noche y rosales. Arriates cuajados de violetas y pensamientos. Macetas de distintos tamaños agrupadas o alineadas en bancadas, en las que se mezclan armoniosamente los rojos geráneos, las delicadas azaleas, las sensibles begonias, los diversos claveles y clavellinas, las anaranjadas clivias, las hortensias, los miramelindos, los jacintos, los agapantos y las azucenas. También de los arcos penden vistosas macetas. Además naranjos y limoneros suelen completar el adorno. Y todo acompañado de los heterogéneos verdes de otras plantas sin flor: aspidistras, esparragueras, helechos, drácnas y aralias.

Dando como resultado un brillante espectáculo de colores: rosas, rojos, bermellones, anaranjados, malvas, azulados, amarillos y blancos, realzados por los ricos verdes. Que el agua limpia de los pozos alimenta. Frescura de agua que habla en susurros desde los surtidores de las fuentes.

Estos patios de evidente carácter popular, son los que dan personalidad a Córdoba. Se encuentran en casas ubicadas en el barrio de la Catedral, al Sur de la Medina. Calles de la Encarnación, Albucasis, Manriquez, Marroqués, Osio; en el arrabal de El Alcázar Viejo, calles de Enmedio, Martín Roa, Postrera, San Basilio; y, la mayoría dentro de los barrios de la Axarquía, calles del Agua, Armas, Agustín Moreno,

Badanas, Escañuela, Gutiérrez de los Ríos, Montero, Plaza de las Tazas, Tinte, etc.

La ciudad cuenta también con otros patios importantes, los de sus casas nobles, patios de mayor amplitud, en los cuales está patente su origen renacentista o barroco, donde el tosco pilar es sustituido por la elegante columna de rico capitel; el empedrado por las losas de mármol; la cal por la pintura y los zócalos de azulejos; y las macetas por las tinajas y las ánforas. Patios que guardan celosamente su simetría y los circundan bellas arcadas, en los que pueden encontrarse adornos de cerámica o cobres, e incluso obras de arte como las esculturas que tiene el incomparable patio de entrada al Museo de Bellas Artes, antiguo Hospital de la Caridad del siglo XV. También hay patios que se suceden en cadena, aumentando de uno en otro su belleza, como los del Palacio del Marqués de Viana, de los siglos XVI y XVII; o el bello patio del palacio del siglo XVI que hoy ocupa el Museo de Arte Taurino; sin olvidar los hermosos patios del Convento de la Merced, del siglo XVIII, hoy Palacio de la Diputación, del Palacio Episcopal y del Círculo de la Amistad. No pretendo hacer el censo de estas casas señoriales, porque serán objeto de otra comunicación, pero cabe la cita a ellos referida, que hace PÍO BAROJA en su FERIA de los Discretos: "Suntuosas fachadas de viejos caserones solariegos. En el fondo del ancho zaguán, la cancela destaca sus labrados y flores de hierro sobre la claridad brillante de un patio espléndido, de sueño, con arcos en derredor; y jardineras colgadas desde el techo de los corredores; y en medio de una taza de mármol, un surtidor de agua cristalina se eleva en el aire,..."

Por lo que se refiere a su ornamentación, se pueden notar otras cualidades además de las ya referidas, que diferencian a estos patios de los calificados como populares. En ellos no ocupan las flores el lugar preferido, sin que estén ausentes, como así alguna que otra bouganvilla, salvo en los del Palacio de Viana, los demás dan mayor importancia al boj, al ficus, a la drácena, al filodendro y a la palma.

Para ser objetivos al hablar de los patios cordobeses, no se puede omitir otro tipo de patio que existe, también admirable y sugestivo, que no encaja en ninguna de las clasificaciones anteriores, si bien, se encuentra más cerca del llamado patio popular, por su sencillez, no exenta de cierta austeridad en su entorno. Como es el patio conventual.

Su enclave no reúne las características de patio central que se ha dicho para las viviendas, su cometido es más bien el de un atrio, haciendo sólo referencia a los que están a la vista del público y no a los claustros que pudiera haber en el interior del Convento. Pero si contiene iguales elementos que poseen los patios populares: arcadas, pavimentos empedrados, pozos, arriates, macetas, ... y por lo común están encaladas. Sólo difieren de los otros por su recato monacal, su soledad y cierto tinte de abandono. Estos atrios conventuales echan a faltar el cuidado mimoso de las vecinas del patio, lógica deducción si tenemos en cuenta el retiro y la clausura de las monjas. Pero allí están también los limoneros y los naranjos, algún ciprés y parras, pero menos flores, apenas unos geráneos, unas gitanillas, el blanco jazmín y algún que otro rosal. El color predominante es el verde de las plantas duras que no precisan de mucha conservación, en esto se asemejan más a los patios señoriales.

La soledad y la calma de estos patios invitan al recogimiento, a la meditación. Son atrayentes los del Convento de la Santa Cruz, Convento de Santa Isabel, Convento de Santa Marta, Convento del Corpus Christi, Convento de la Encarnación, Convento de Ntra. Sra. de los Dolores, etc. La conjunción que hay en ellos de arquitectura y jardín está plenamente lograda en estos patios, a los que dan prestancia hermosas portadas barrocas que abren el paso a sus iglesias, o reciben el esplendor de una bella portada gótica como ocurre con el Convento de Santa Marta. Y mirando al cielo surge la saeta de sus sencillas espadañas que complementan su estética.

Córdoba, ciudad de vida apacible y acogedora, ha permitido la conservación de estos patios como una valiosa reliquia del pasado, que forman sus señas de identidad. Visitarlos cualquier día de la Primavera, cuando en el espacioso cielo el resplandor del

sol va perdiendo su ardor y las sombras se hacen más violáceas y alargadas; cuando los colores de las flores destacan nítidos sobre la albura de la cal; cuando los aromas de azahares y jazmines impregnan el aire; cuando el sonido del agua cayendo de las fuentes da sensación de frescor, servirá de recreo a la vista y de templanza al espíritu. Y de paso se rendirá un discreto tributo a las humildes manos femeninas que amorosamente se cuidan de mantener la vida de estos patios y que gracias a su dedicación perduran.